

MASCULINIDAD Y VIOLENCIA DOMESTICA

Consideraciones teórico/conceptuales

Lic. José, Manuel Salas Calvo
Escuela de Psicología, UCR/Instituto WEM

INTRODUCCIÓN

La humanidad a través de diversas vías (la científica, la artística, la religiosa, etc.) ha pretendido contestar, y esa es su razón de ser, a una serie de interrogantes sobre la realidad. Para ello ha tenido que desgajar en forma artificial esa realidad, debido a que su existencia sobrepasa en mucho la capacidad con la que se cuenta para accederla.

Las muchas preguntas y las pocas respuestas tienen que ver con el mundo de lo físico, de lo cultural, de los sentimientos y los pensamientos, de la locura y del placer, de lo racional y lo intuitivo, etc. De ahí como anotamos, las diversas formas de manifestación del conocimiento de la especie humana.

Dentro de esas interrogantes una de las más importantes ha sido y ser lo relativo a su propio ser como sujeto humano: cómo y por qué, se comporta?, qué explica las diferencias que se tienen?, qué, los caracteriza como seres humanos?, y muchas preguntas más.

Dentro de las llamadas ciencias sociales, una de las preocupaciones que más impacto han tenido es la concerniente al ser hombre y ser mujer. Se podría decir que es una preocupación más bien reciente en la historia de la especie humana; simple y sencillamente porque ello no preocupaba, las cosas como estaban estaban bien y no había necesidad de cuestionarlas, menos modificarlas. Una serie de acontecimientos recientes han venido a poner en jaque esa concepción. Es criterio del autor que las posibilidades que brinda el acceso de la mujer al conocimiento de ser participe en actividades en las que siempre había estado invisible, un mayor control de la mujer sobre la procreación con el advenimiento de los anticonceptivos y de ahí un mayor control sobre su cuerpo y su sexualidad, los aportes otorgados por los estudios transculturales en los que todo lo "natural" se relativiza, una mayor incorporación de la mujer en el dominio de lo público

(hasta ahora, patrimonio del hombre), etc. le permitieron un cuestionamiento global de su situación. Y dentro de ello, tal vez la instancia que más ha permitido tal fenómeno ha sido el aporte y encaramiento dado por los estudios y luchas feministas, más allá en este momento de compartir o no todos sus planteamientos y tesis.

-2-

Lo cierto es que tal remezón se da. Y como es lógico, al producirse todo ello al interior de la realidad de las mujeres, la realidad de los hombres de alguna manera también se vio (o debería verse) afectada.

En este trabajo se parte de esa visión: en este asunto del ser hombres y ser mujeres, son éstas quienes han logrado una mayor conciencia o si se quiere han logrado construir una ideología más clara alrededor de su ser. Los hombres, como género, se han quedado muy atrás; tal vez, como se expondrá en páginas siguientes, porque no se siente la necesidad, no hay nada que cambiar no hay nada que aprender. Como lo señala Gindin (1991), a los hombres se les considera conocedores innatos de muchas de sus facetas, entre ellas la sexual de la que nada tienen que aprender pues ya todo lo saben.

Por otro lado, desde el punto de vista del conocimiento científico de lo social, los hombres tampoco han sido objetos o sujetos de sí mismos. Alrededor del ser masculino, de la masculinidad, de su relación con la feminidad, de su relación con la realidad global, es bien poco lo que hay. Es hasta años muy recientes, mediados de los 80's, que sobre todo en Europa y E.U. se perfila una veta de investigación tomando como objeto de estudio a los hombres: los llamados "estudios del varón" (Men's studies) (Rivera Medina, 1991). En lo específico para Costa Rica, esta temática recién inicia el interés de investigadores (en su calidad de tales). Muy difícil esperar esas preocupaciones del hombre en su dimensión de hombre. También se conocen de algunas experiencias muy valiosas en Puerto Rico, España y Argentina, ya con algunos años de trabajo e investigación (Cucco y Landa, 1989; Cruz Díaz, Fernández Bausç, González Armenteros y Rom n Tirado, 1990; Rivera Medina, 1991).

De esta manera, la presente investigación se inscribe dentro de un intento inicial de acercamiento a la temática de la dimensión de lo masculino en nuestro país, siguiendo la trayectoria de trabajos pioneros (Rodríguez y Salas, 1991; Chinchilla y Gutiérrez, 1991). Recientemente se aprobó en la Escuela de Psicología el proyecto de tesis "Un análisis psicosocial de la relación cli entes-prostitutas del Sector Central de San José," de Ortiz (1993), en el que la categoría masculinidad se considera como fundamental en el desarrollo de la investigación.

Dentro de toda esa complejidad, sobresale una de las manifestaciones más achacadas al ser masculino: la de ser violento y agresivo. Y dentro de esa violencia una de las más dramáticas y dolorosas, la violencia doméstica.

Por ello, masculinidad y violencia doméstica se convierten en los ejes de la presente investigación. Esa violencia se asume como un ámbito estereotipado de expresión de aquella (tanto por lo que los hombres realmente hacen como por lo que se asume que son lo único capaces de hacer). Por ello se prefiere la expresión Violencia Doméstica y no violencia masculina porque, como se expondrá después, la violencia doméstica involucra no solo la desplegada por el hombre, sino también, aunque en menor grado, por otros miembros de la familia; y también aquella no expresada de manera agresiva. Lo anterior no intenta tapar el sol con un dedo: en efecto es el hombre el que en niveles importantes ejerce la violencia. Lo que se intenta es ubicar en otros términos la situación.

Resulta innecesario abundar aquí en datos y referencias a la situación descrita: el hombre se instituye como el principal agresor en el ámbito doméstico, siendo los niños y las mujeres los principales receptores de esa violencia. Los datos sobre ello y sobre las medidas que, por lo menos la sociedad costarricense ha tomado, ya han sido descritos en otro lugar (Rodríguez y Salas, 1991), además que son objeto de una amplia cobertura por parte de la prensa y de literatura especializada. De manera reciente, se reporta un promedio de más de tres mujeres por día que son víctimas de agresión, solo en San José, (La Nación, 7-1-93, pag. 10 A). Las referencias periodísticas sobre agresiones, tortura y muerte a niños y niñas, dentro de su núcleo familiar han ocupado muchas pulgadas columnares y horas televisión dando cuenta de ellas. No es necesario reiterar esos datos aquí. El panorama no puede ser más claro y preocupante.

Se parte, entonces, de asumir esta realidad, aunque con una perspectiva crítica. La violencia descrita en el párrafo anterior es aquella cuyas manifestaciones son las que tradicionalmente han sido entendidas como tales. De ahí que se considere necesario, por lo menos para efectos inmediatos de este trabajo, el cuestionar las concepciones que se han venido exponiendo sobre violencia, violencia doméstica y asociada con ellas, la de masculinidad. Este trabajo pretende participar en la discusión que sobre ello, en buena hora, se está dando.

Por ello cabe llamar la atención en el sentido que si bien esta situación ha movilizado, y debe movilizar, muchos recursos para su enfrentamiento es poco lo que se ha hecho sobre el hombre (el principal foco de atención es con agresores). Siendo este el elemento básico de la violencia doméstica, precisamente como agresor, merece prestarle atención.

Como se explicará más adelante, en este trabajo se pretende contactar no con agresores, sino con hombres de la población general, sobre una interrogante básica: qué dice este hombre de la violencia doméstica y de su relación con la masculinidad. Además, qué piensa el hombre sobre esa situación?, qué siente de ver a sus congéneres permanentemente agrediendo a otros?, qué grado y en qué sentido asume la cuota de responsabilidad que ante tal situación le corresponde?, qué salidas posibles ve ante

este panorama?, considera que en el hombre se pueden y deben tomar acciones también?. Preguntas centrales en este trabajo.

MASCULINIDAD

Como se indicó, es ésta una categoría básica que merece, aunque en forma breve, ser reflexionada.

Es contundente la literatura especializada, proveniente de diversas disciplinas, en el sentido de plantear y sostener la determinación psicosocial, histórica y económica del comportamiento de los seres humanos. Es sorprendente que con una carga genética básica similar haya tantas diferencias de actitudes, hábitos, costumbres, leyes, etc. de un conglomerado social a otro. De hecho lo que en un grupo tiene validez y presencia cotidiana en otro se convierte en tabú y objeto de especificaciones diferentes, en muchos órdenes de lo sociocultural.

Este es un elemento básico a considerar por parte de las ciencias sociales, en sus diferentes ámbitos de acción. Sin embargo, no pocas veces, ello es obviado. Un ejemplo clásico y no por ello menos ilustrativo, es la construcción y aplicación indiscriminada de las pruebas psicológicas. Por lo menos hasta hace poco, era común en nuestro país la utilización de pruebas y hasta baterías completas sin que mediara ningún proceso adaptativo a las condiciones socioculturales propias. Se parte de una igualdad en todos los seres humanos en los aspectos o procesos evaluados por esas pruebas.

Dentro de este amplio espectro de diferencias, uno de los aspectos más sensibles es lo que tiene que ver con el comportamiento de los hombres y de las mujeres. Y aquí hay mucha discusión también. Pese a ello, un lugar ya consolidado en la ciencia moderna es la premisa que establece que las diferencias entre hombres y mujeres no están dadas solo por lo que corresponde a pertenecer a uno u otro sexo; éste es un componente básico, pero no el único ni el de mayor incidencia.

Así, los conceptos de masculinidad y feminidad aluden a construcciones sociales e históricas, donde las determinaciones están dadas por lo que en ese momento y lugar se establecen como lo prescrito e indicado para el macho o la hembra humanos. Los estudios transculturales, desde la década de los 40's, son muy claros en ubicar al proceso

de socialización como el elemento más importante en la conformación de los comportamientos como hombres o como mujeres. La historia de la humanidad también es clara en ese sentido, no solo desde los aportes de la Historia como ciencia sino también en lo ilustrativo de la literatura universal. Repitiendo, entonces, no es la codificación genética la que viene a determinar, por lo menos de manera más importante, ese comportamiento diferencial.

Tal vez el concepto "género" ha dado buena cuenta de los que aquí se está planteando; en términos de Lamas (1987), como el conjunto de conductas atribuidas a los varones o a las mujeres, según los cánones espacio-temporales de los diferentes grupos humanos.

Pero, y es imperativo reiterar, esa atribución está inmersa y es parte fundamental de la incorporación que los grupos humanos hacen de sus miembros. Esta incorporación es la socialización la que, siguiendo a Martín-Baró (1985), es concebida como

"... el proceso a través del cual los individuos adquieren aquellas habilidades necesarias para adaptarse y progresar en una determinada sociedad... aquí vamos a entender la socialización como aquellos procesos psicosociales en los que el individuo se desarrolla históricamente como persona y como miembro de una sociedad." (pags. 114-115)

Este componente socializador ha determinado, por lo tanto, el ser masculino y el ser hombre en nuestra sociedad, con todas las implicaciones que ello tiene: negativas y positivas. Implicaciones cuya presencia se da en lo social, en el hogar, en lo sexual, en lo laboral, en lo afectivo, en lo público, en lo privado, etc.

Ahora bien, qué ha hecho que en las distintas sociedades haya habido necesidad de delimitar, muchas veces de manera absolutamente irracional, entre lo masculino y femenino?

Como esquema general, por lo menos en nuestra sociedad, qué ha hecho que el ser social masculino esté asociado a las figuras de agresión, de dominación, de dueño del poder, de violencia... mientras que a la mujer se le adscribe precisamente todo lo contrario? Una explicación a la que se recurre con frecuencia es aquella que, como ya se indicó, se buscan los factores de tipo biológico/genético. Así la vieja noción de que la criatura por nacer "si patea mucho, no deja dormir, es muy inquieto e incomoda mucho a la madre... de fijo será hombre!", es una transposición en el pensamiento popular de ese tipo de explicaciones.

Por qué? Porque los hombres son así: fogosos y agresivos y en mucho mayor grado que las niñas. Esta explicaciones, sin embargo, no son patrimonio de la imaginaria popular; son abundantes en el pensamiento científico, que colma montones de estantes

en nuestras bibliotecas. Lo curioso es que ello se observa no solo para la temática que aquí se desarrolla sino también para otras: orígenes genéticos del alcoholismo, orígenes genéticos de la esquizofrenia, orígenes genéticos del homosexualismo y una lista interminable de asuntos más.

No es de extrañar que aspectos tan lábiles y de amplias discusiones como la cuestión de los géneros haya sido presa fácil de ese tipo de concepciones. En este trabajo se comparte una posición diferente; partimos, como ya se ha planteado que ese ser social está asociado con expectativas y características que la misma conformación social ha determinado. De esta manera, hay una complementariedad social dada: el hombre, por ser hombre, puede (y debe!) agredir; la mujer, por ser mujer, debe recibir esa agresión (y para ello son preparadas).

Esta agresión masculina para que pueda ser incorporada por todos y todas sin refunfuñar, no necesariamente debe ser cotejada con matices negativos. De hecho, al ser considerada como una virtud necesaria de su ser, tal agresividad permea y moldea muchos de sus atributos y sus características. Debe ser el atrevido, el osado, el valiente... en todos los aspectos. Tal vez uno de los más representativos de todo esto es el sexual: él debe ser el conquistador, el de la iniciativa, el que se las sabe de todastodas, el que debe cumplir con el mandato de satisfacer a su compañera, etc.

Y de sí qué? Qué pasa con toda esa parte que, como todo ser humano, requiere de cuidados y atención pero que por un terror a sentir (que no es de hombres) se priva de experimentar y gozar algo que es solo propio de las mujeres? Por todo ello es fácil comprender como la homofobia tiene sus escuelas diseminadas por todo lado.

Además, como es el más fuerte, el más inteligente, el racional, "el hombre de la casa", debe asumir como propias de su masculinidad una serie de tareas que lo hacen encarar obligaciones y funciones de manera aberrante (lo mismo que sucede en la mujer: como la lleva dentro por nueve meses, la parió y puede amamantarla, es la única capacitada y llamada al cuidado de la prole). Así el hombre es el llamado al sostén y mantenimiento de la familia, a asumirse únicamente como proveedor de las cuestiones materiales de la familia (obviando nutrir con otros alimentos básicos de la convivencia humana), a no manifestar preocupaciones cuando la situación socioeconómica aprieta, etc.

Por ello es que es tan fácil pasar de esto a ubicar las características masculinas como privilegiadamente agresivas y violentas, y sobre todo como consustanciales a su ser masculino.

Con todo lo anotado no se trata, entonces de negar la realidad histórica y social de la situación de opresión de la mujer. Todo lo contrario, se trata de asumirla en sus

reales dimensiones. Porque esa situación descrita del hombre ha llevado a que el poder se manifieste en todos los órdenes de lo privado y de lo público. Tampoco vamos a insistir aquí en lugares comunes, desarrollados de manera amplia y precisa por otras investigaciones. En pocas palabras, lo que se ha dado es una posición de poder, de capacidad decisoria, de ventajas y privilegios en beneficio del hombre. La historia en esto no engaña.

Sin embargo, y esto es parte nodal de la presente investigación, tales privilegios (que existen!) deben ser revisados desde otras dimensiones y consecuencias. En términos de Rivera Medina (1991), autor puertorriqueño que junto con colegas de ese país intenta adentrarse en ese mundo misterioso de la masculinidad, nos plantea que esta condición no solo le ha acarreado al hombre privilegios y beneficios sino también penurias y altos costos. Ser dueño del poder tiene sus consecuencias

Qué tipo de costos? Tal vez de los más importantes, son precisamente que al estereotiparse la masculinidad en una serie de características, han hecho que éstas a su vez determinen que el hombre solamente pueda ser hombre de cierta manera y no de otra. Obviamente que esto mismo da cuenta de la feminidad y de la condición de la mujer. Al darse esta escisión tajante y absoluta se niega y cercena a los hombres y las mujeres las posibilidades, que de hecho las tienen, de desplegar muchas otras características o virtudes, simplemente porque no están prescritas para su género. Las consecuencias de tal decreto saltan a la vista.

Tal vez uno de los lugares privilegiados donde se observa esto es en la experiencia clínica. Quizá el espacio de mayor intimidad y confidencialidad que la relación terapéutica otorga, permita a los hombres poder reconocer, experimentar y vivir una serie de situaciones que nunca se han permitido. Para muchos varones asumir en su totalidad las exigencias que el entorno social espera de ellos es en realidad una pesada carga. En este sentido no es casual que "... y aunque pueda resultar sorprendente, los problemas sexuales masculinos constituyen más del 70% de la consulta sexológica en los centros especializados en todo el mundo" (Gindin. 1991, pag 19). Y como dice este mismo autor, hasta la iniciativa, la preparación, la penetración y la satisfacción de ella están en manos de él. De ahí que una pequeña "falla" en este importante escenario de la sexualidad sea vivida como una verdadera catástrofe por muchos hombres. En efecto, el peso es muy grande, sobre todo si a este espécimen humano se le ha enseñado a no enseñar sus "debilidades"; admitir tales desaciertos no es propio de su condición de macho.

Agrega el autor que el hombre debe asumir la tarea de hacerse responsable por una serie de aspectos asociados con el poder: velar y sostener por la familia, ser el más fuerte, el iniciador y proveedor en lo sexual, etc. demandas que lo llevan a olvidarse de sí, o a recordarse a sí mismo sobre todo en aspectos que atentan contra la solidaridad y el bienestar suyo y del prójimo.

Llama la atención que aquello señalado como lo más típico del ser femenino, de acuerdo con los parámetros de nuestra normativa social, es precisamente lo más rechazado por sujetos pertenecientes a uno u otro género (Alvarez, 1991). Los estereotipos femenino de debilidad, sumisión, ternura, etc. son los rasgos que menos

gustan tanto a los niños como a las niñas. No hace falta mucho esfuerzo para imaginarse como eso, tan despreciado, sea tan rechazado y ubicado fuera de sí por parte de los varones.

Y esto nos lleva a lugares comunes: por qué privilegiar en el hombre la expresión de afectos dañinos y no los beneficiosos? Tal y como el autor lo indicara para un reportaje periodístico (La Nación, 28 de noviembre de 1992, pag. 1B), con estos antecedentes es muy difícil que el hombre ya de adulto pueda expresar y vivir cierto tipo de sentimientos y comportamientos con su compañera, cuando se le inculca el rechazo de éstos y a la vez le son fomentados los incompatibles. El aprendizaje no puede ser más efectivo!

Aparte de lo nocivo que es este juego social, produce también otro fenómeno igualmente perjudicial: los mecanismos que moldean al ser masculino también le impiden al hombre, como parte de su efectividad, ver cómo, por qué y qué resultados producen esos mismos mecanismos. Dígase en sencillo: el hombre no sabe por qué y cómo es hombre.

Esta oscuridad en la conformación de lo masculino, a su vez, como es lógico suponer no podría tener otra consecuencia: la posición de no sentir necesidad de cambiar algo. De esta manera, se consuma la crónica de una masculinidad anunciada.

Por ello el hombre no introspecciona y mucho menos dialoga con otros (u otras) sobre su ser. Como muy claramente lo plantea Leonelli (1987):

" Por lo tanto los hombres parece que no ven con toda claridad los motivos de lo que les está sucediendo y, precisamente a causa del concepto de la virilidad no les resulta posible comparar con las de los otros hombres las dificultades con las que van tropezando... el hombre se siente cada vez más frágil y más solo, como un gigante de arcilla" (pag. 11).

En su interesante estudio, Chinchilla y Gutiérrez (1991), logran determinar como en adolescentes se dan diferencias muy sutiles entre sus representaciones sociales de la masculinidad y la paternidad (ambas íntimamente ligadas). En la primera encuentran elementos que la colocan sobre todo en un status superior. Para la paternidad, si bien comparte características de la masculinidad (enérgico, establece reglas, merece respeto, duro, etc.), la principal aureola es la de autoridad incuestionable. Lo más llamativo es que, junto con lo anterior:

"Las familias estudiadas revelaron cómo a través de sus mitos refuerzan día con día la autoestima masculina. Pero al mismo tiempo, se la fragilizan al bloquearle al varón la posibilidad de desahogar conflictos en la canalización no violenta

(verbalización, llanto). Acudir a la violencia, parece pues el único camino posible para aferrarse a ese primer cintileo de conciencia de identidad masculina que le fue tan gratificante" (Chinchilla y Gutiérrez, 1991, pag. 213).

Con este oscuro panorama, las acciones de los hombres mismos para modificarse son muy difíciles. El problema es que los hombres no viven solos y esta ceguera sobre sus propios aspectos se extiende y enceguece también aquellos otros que determinan sus relaciones con los demás.

Aun con estas dificultades, se considera que es necesario incluir y escuchar al hombre en sus vicisitudes (una de ellas es la violencia doméstica); de ahí el planteamiento central de esta investigación. Siguiendo a la autora citada:

"No se puede comprender el misterio masculino ni utilizar toda su potencia sin cambiar las imágenes internas que todos, hombres y mujeres, tenemos como fruto de nuestros modelos culturales, de nuestra historia, de nuestros valores, de la forma de comportarnos con nosotros mismos y con los demás y no se puede cambiar si no se reflexiona lo que hemos aprendido de nuestra infancia en adelante.

Mientras los principios permanecen implícitos, cuando no los reconocemos como tales, controlan desde el interno nuestro conocimiento tenemos muy pocas probabilidades para lograr la independencia" (Leonelli. 1987, pag. 14).

Por ello se sostiene y se cree firmemente en la necesidad de procurar espacios para que el hombre pueda tener un chance, aunque mínimo, de alumbrarse en su oscuridad. Y si no por lo menos para que camine en cierta penumbra, donde a tientas algo se pueda avanzar. Si esto es factible, su condición masculina puede ser levantada y junto con ella también la de las mujeres.

Los psicólogos puertorriqueños, con muchas experiencia en este campo, lo afirman:

"Estas primeras experiencias me hicieron comprender la necesidad que tenemos los hombres de tener un espacio donde podamos compartir íntimamente lo que somos... donde podamos revisar y reflexionar sobre nuestras experiencias... Es tan difícil para nosotros los hombres vivirmos como seres sensibles, vulnerables, capaces de llorar!" (Cruz Díaz y otros, 1990, pag. 5).

De todas maneras, al final de cuenta si la liberación no es de todos, no hay liberación. Un mayor bienestar de mujeres, niños y ancianos (principales receptores de la violencia, en todas sus manifestaciones), no es completo, si no pasa por la liberación que el hombre tiene que hacer de sus propias cadenas que, lamentablemente, son insensibles y no siempre hacen llaga.

Lo anterior no se produce en el aire. Se da dentro de relaciones de poder y este es relacional: determina las condiciones en que el dominador y el dominado existen. En nuestro sistema, la matriz básica de las relaciones entre los seres humanos es de dominación: alguien debe estar encima de otro. Esto es propio no solo de la cuestión del género; también lo vemos en las relaciones generacionales, étnicas, políticas, económicas, raciales, religiosas, etc. La relación entre hombres y mujeres, por definición no escapan a esa estructura básica general, en la que la posición de arriba es ocupada primordialmente por el hombre.

Así el poder que el hombre ejerce y ha ejercido, de acuerdo con lo que se ha planteado, no otorga solo beneficios sino también perjuicios en su relación con las mujeres. Este poder ejercido tiene características altamente dañinas y autodestructivas (Rivera Medina, 1991), en todos los planos (afectivo, físico, interrelacional). Por qu, son los juegos de los niños los que conllevan un mayor riesgo de su salud, a raíz de las características mismas que tales juegos tienen? Si el hombre es el valiente, el osado y el emprendedor es el juego un lugar indicado para fraguar tales dotes viriles. No es casual que en estos juegos predominen y se cultiven la fuerza física y la dominación y no se ponen en juego otro tipo de expresiones humanas. Aquí es evidente en la experiencia de cualquiera el asunto del rechazo a lo femenino mencionado líneas atr s. No es poco común la consulta (en el consultorio o en la fiesta) sobre si es conveniente que Pedrito juegue con muñecas y que Carmencita le pida al Niño un par de tacos para jugar fútbol. A todas luces es bárbara esta implantación de modelos maniqueos y obtusos sobre la realidad. Muy fácil se olvida que ante nada se es ser humano, con características "masculinas y femeninas" (aun en lo endocrino) y que se es más ser humano en la medida que se puedan manifestar y dejarse manifestar esos componentes.

Es necesario reiterar: esos componentes no son connaturales a ser hombre o ser mujer. Es decir, ser hombre no implica necesariamente ser masculino; ser mujer no implica necesariamente ser femenina. Lo masculino y lo femenino son construcciones sociohistóricas que llevan a empotrar en hombres y en mujeres ciertas características que luego se naturalizan en su accionar.

Hasta aquí se podrja trazar en que relativamente no hay mayor problema. Este se presenta cuando esas características no solo se naturalizan a cada sexo, sino que además se exageran y extreman como pertenecientes a uno u otro. Y esto es más grave aun cuando de lo que se habla es de violencia. Saltar de aquí a la imagen -estereotipo- del hombre como agresor, no requiere mucho esfuerzo.

Por ello es que junto con lo anterior, es imperativo revisar y redimensionar la categoría violencia (como se intentará en páginas adelante).

Aparte de lo dolorosa en sí que es esta situación, para los efectos de este trabajo, qué es lo más lamentable y peligroso? Como ya se señaló que el hombre no se percata, no se ha dado cuenta de la factura que está pagando, con altísimos intereses, por mantener la situación tal y como está. Es curioso, según afirma Rivera Medina (1991) que aquellos lugares donde la mujer ha logrado mayor paridad con el hombre, también empieza a pagar estos costos (alta tasa de homicidios y suicidios, abuso de drogas y alcohol, desaliento y desespero por la pérdida del empleo, estrés, etc.).

VIOLENCIA DOMESTICA.

En los siguientes párrafos se intenta aclarar cómo se maneja la relación entre masculinidad y violencia, dentro del engranaje del poder.

Qué pasa con esto del poder y de la violencia doméstica?

En relación con lo anterior, si bien se parte de la noción que no todo poder es ejercido o sostenido a través de la violencia, ello sí sucede en buena medida. En muchas ocasiones para sostener situaciones de poder y dominación se recurre a la violencia. Y una de las situaciones en que ello se demuestra claramente es en la violencia doméstica, de una manera clara, dramática y evidente hoy día.

Aparte de su característica de ser relacional, el poder tiene componentes muy importantes. Permea y atraviesa la realidad social, fraguando en buena medida a los sujetos y grupos que la componen y, como ya se ha señalado, de una manera oculta y silenciosa muchas veces. "Naturalizar" las relaciones de poder viene como anillo al dedo para, de una manera muy efectiva, ocultar su accionar.

El poder no puede entenderse como un absoluto; sus manifestaciones y expresiones se dan en situaciones concretas. Relacionando ese concepto con el de la violencia, se puede decir que víctima y victimario no son universales en su concreción. Todo depende de las circunstancias propias en que se den las situaciones.

La violencia y el poder tienen y deben ser comprendidas dentro de estructuras y situaciones muy complejas, y sobre todo móviles, en las que no todos ni siempre entienden lo mismo.

Con Martìn-Barç (1985), se pueden visualizar, aunque en forma breve, algunos componentes importantes. En primer lugar, propone los llamados "presupuestos" de la violencia:

- a) es multiforme
- b) tiene un carácter histórico
- c) en un momento determinado puede entrar a una autogeneración en espiral, donde sus elementos tienen autonomía que los mueve y multiplica.

Además, desarrolla los llamados "constitutivos" de la violencia:

- a) tiene una estructura formal
- b) incluye la llamada "ecuación personal"
- c) requiere de un contexto posibilitador
- d) el fondo ideológico.

Si bien una mayor discusión sobre la violencia ya se realizó en otro lugar (Rodríguez y Salas, 1991), en este momento interesa detenerse y enfatizar en un punto, si bien común, muchas veces olvidado: la violencia no es lo mismo que agresión (Martìn-Barç, 1985).

Ateniéndose a la idea que agresión es una aplicación de fuerza excesiva contra alguien, buscando daño o perjuicio, es más fácil identificarla con aplicación o uso de fuerza física. Se producen, y así se considera en este trabajo, actos en que la fuerza excesiva (no solo física) se den sin buscar el daño del otro u otra (es decir, actos violentos, pero no agresivos). Por ende, existen muchos actos o conductas violentas que "no se ven".

Esta distinción es básica para desembocar en otra, como implicación lógica: la violencia no es solo de tipo físico, sino que se puede manifestar por otras vías más sutiles e invisibles. Tradicionalmente esto ha sido denominado Violencia Psicológica.

Si esta distinción es clave para comprender la violencia como globalidad, lo es mucho más en una de sus manifestaciones: la doméstica. Resultaría un ejercicio curioso (aterrorizante!) buscar múltiples hechos cotidianos en la vida doméstica que son altamente violentos, sin mediar agresión alguna. Lo peor del caso es que hombres y mujeres los ejercen y reciben, esos actos violentos, muchas veces sin percatarse de ello. Lo anterior sin ánimo de dejar de lado "la violencia agresiva", con sus evidencias claras.

¿Qué implica lo anterior?

Que si ubicamos la violencia que se produce al interior de la esfera doméstica en una connotación tradicional (violencia física, agresión), posiblemente el hombre sea ubicado

como el principal agresor. Situación que de todas maneras se reitera y destaca día a día en las coberturas periodísticas.

Ahora bien, ¿qué sucede con otras formas de violencia en el ámbito doméstico? ¿Serán mayoritariamente los hombres quienes la ejercen? ¿Sufren éstos los embates de otro tipo de violencia cuyas huellas no se pueden buscar en la piel?

Preguntas como éstas, y muchas más, son las que permiten plantear la necesidad de redimensionar a la violencia, tratando de asumirla de manera más amplia a como se la ha visto tradicionalmente. Esto requiere profundizarse y abordarse desde muchas perspectivas. Una de ellas es la del hombre; de ahí la propuesta aquí planteada.

En adición a lo anterior, aspecto que también requeriría un mayor grado de atención, es el hecho que dentro del proceso de socialización descrito, como básico en la incorporación de lo masculino, la agresión a mujeres y a niños no está caracterizado como un punto legitimador del ser masculino. En su lugar, los mensajes que se dan apuntan a lo contrario: precisamente en su rol de más fuerte, no cabe que esa fuerza se desplace hacia los suyos o hacia los más "débiles". "A la mujer no se le toca ni con el pétalo de una rosa!", reza la frase popular. No se es más hombre por agredir mujeres.

Sin embargo, la agresión se da como respuesta a otro tipo de mandatos, lo que ubica en este caso al hombre, en una posición claramente contradictoria. Resolver esta contradicción es parte de la tarea pendiente.

Retomando las ideas desarrolladas previamente, se parte que es en muchos ámbitos donde hemos visto que se despliega y manifiesta la masculinidad, con todos sus atributos negativos y positivos. Es tal vez en el doméstico donde esa masculinidad se pone en juego de una manera mucho más clara: en el ejercicio de la paternidad, en el ejercicio de su función como compañero, en el asumir la "llamada jefatura del hogar" (aun cuando, como muchas investigaciones lo revelan, esa función hoy día está en manos de mujeres), etc.

Para efectos del presente trabajo, entonces, interesa un fenómeno que si bien presente desde mucho tiempo atrás, actualmente ha tomado una vigencia impresionante, a tal punto que prácticamente puede ser asumido como una verdadera emergencia dentro de la salud pública: el problema de la violencia doméstica. Los datos y consideraciones de Herrera, Rojas, Chacón y Villalobos (1990) son altamente elocuentes y ubican de una manera seria sistemática y actualizada las dimensiones de la violencia doméstica en nuestro país, consideraciones ya retomadas en otro momento (Rodríguez y Salas, 1991).

Como ya se ha señalado, en la violencia doméstica se ha ubicado como principal agente de la misma al hombre. Esto es importante ya que es aquí donde encontramos el gozne entre lo que hemos denominado el ejercicio del poder y su manifestación en un ámbito concreto como lo es la vida cotidiana, al interior de la esfera doméstica. Se ha visto con Rivera Medina (1991) como es necesario para adentrarse en esto de la masculinidad el considerar las diferencias de actuación o manifestación de los hombres ya se encuentren en lo público o en lo privado.

Según este autor por las condiciones de cambio que se están dando, en el hombre es más sentida la pérdida del poder en el ámbito de lo privado. Esa pérdida en el ámbito de lo público es más que evidente: habría que preguntarse poder y dominio de los hombres sobre qué? En investigaciones previas, se ha determinado como esto se traduce, incluso, en la agresión que se sufre por parte de organismos financieros internacionales, cuyas medidas afectan en lo global la vida de las personas, sobre todo en regiones como las tercermundistas. Es decir no hay una sensación de control sobre las condiciones y determinaciones que rigen la vida, por parte de los sujetos. Se está a merced de las medidas de entes macroestructurales. Al ser los hombres los llamados a manejar lo público estas vicisitudes tienen un mayor impacto en ellos.

Considera este autor que los altos índices de violencia y agresión, en el ámbito doméstico, que se observan cotidianamente en hombres trabajadores del Tercer Mundo son como una especie de "cultura de resistencia", ante el poder hegemónico institucional masculino, el que camuflado por las circunstancias mismas no se ve. Los más favorecidos económicamente aparentan ser menos sexistas, aun cuando sus acciones llevan al poder que nutre la opresión de las mujeres, en espacios más institucionalizados (el laboral, por ejemplo) Es impresionante observar cómo en aquellos sectores donde, desde lo público el hombre es muy agredido y como esto lo traduce o lo retransmite al interior de lo privado, la vida intrafamiliar, con esos niveles desorbitados y brutales de violencia. Es importante esto en la medida que, aun cuando se plantea que la violencia doméstica tiene presencia en todas las clases sociales, se parte que dicha presencia no se da con las mismas cuotas en todos lados. De ahí que se torne necesario investigar de manera diferencial, por condición socioeconómica y cultural, las manifestaciones de la violencia doméstica.

Se parte de entender a la violencia doméstica como una situación presente, angustiada y que requiere acciones rápidas y efectivas desde muchos ángulos. También se considera que, por lo menos en nuestro país, mucho de lo que al respecto se hace gira en torno a la mujer y a los niños, principalmente. No es que esto sea inconveniente o errado, lo que se considera es que ello es una parte. Para este trabajo la parte masculina es básica: qué piensa, qué siente, qué vive el hombre con toda esta situación, es fundamental.

Además, el trabajo que se realiza es con varones ubicados como agresores, con su dinámica y situaciones particulares, lo que requiere de un aparato teórico y metodológico especializados. En esta investigación interesa el hombre común y corriente, es decir aquel hombre no catalogado como agresor.

Ahora bien, se parte del hecho que el hombre es el principal agresor, situación que hombres entrevistados no niegan. Tampoco niegan que existen otras instancias agresoras, incluyendo a él como agredido, tanto dentro como fuera del hogar. Se infiere de sus respuesta que hay una necesidad, la que aquí se comparte, de revisar, de redimensionar el punto de quienes son los agresores y los agredidos. Sin negar ese triste principal papel del hombre como agresor, por lo menos al interior del hogar, se plantea que es el hombre junto con otras figuras investidas de autoridad las que ejercen esa violencia. La ubicación es clara: en

primer lugar al padre o la madre, luego al padre (solo), viene después los hombres y los hermanos mayores, y luego en respuestas menos frecuentes se ubican a las mujeres. (Rodríguez y Salas, 1991, p. g. 13). Las mujeres no tienen autoridad, pero las madres sí; de ahí su pertenencia al clan de los que mandan. Obsérvese aquí la relación que se establece entre lo que hemos desarrollado sobre poder y violencia; el ejercicio de ésta se traza dentro de relaciones de poder, el que como ya se ha mencionado se instala de manera estereotipada en el hombre.

Con lo anterior lo que se pretende es plantear que el problema de la violencia doméstica, enfocado solo desde la óptica del hombre como agresor es parcial o estrecha. Interesa para efectos de la presente investigación manejar esta visión como marco general para intentar conocer qué pasa con el hombre alrededor de la violencia: qué opina, qué dice, qué siente?

Se parte con Martijn-Barç (1985) que la acción concreta que los seres humanos despliegan no se da solo como meras respuestas al medio social (otros individuos, grupos, instituciones, la comunidad, etc.). Esta acción está mediatizada por la captación subjetiva que de la situación tenga el individuo. En otras palabras, se actúa no solo de acuerdo con las demandas de la situación objetiva que se da, sino también en función de esa captación subjetiva mediatizadora.

Los seres humanos, entonces, no actúan como respondientes. La diferencia de evaluación que de las situaciones se haga, está determinada por la percepción que entra a jugar en el proceso del sujeto.

En términos de Martijn-Barç (1985):

"...Así mi acción tendrá unos condicionantes subjetivos, en buena medida determinados por mi percepción de los hechos y de las personas...resulta difícil explicar adecuadamente esa acción sin tomar en cuenta la percepción que de la situación tiene el individuo" (pág. 188).

Huelga aclarar que con este autor, se plantea como categoría de trabajo a la "percepción interpersonal" y no al proceso perceptivo como tradicionalmente se le ha entendido, por un lado en la fisiología y por otro en la misma psicología (enfoque heredado de la vieja escuela estructuralista alemana).

En concreto, interesa acceder al conocimiento sobre la percepción que los hombres tienen de la violencia doméstica y sus implicaciones. Conocer esto en la población masculina general se presenta como necesidad de primer orden en la investigación psicosocial sobre la temática que aquí se desarrolla.

Dentro de esta línea de pensamiento, como ya se ha expuesto, si el hombre poco cuestiona en torno a su ser masculino, si en lo general, el hombre tiene muchas dificultades

para hablar de sí mismo, para centrarse en sí mismo, para intimar consigo mismo mucho más difícil es esperar que lo haga alrededor de una situación tan particular como lo es la violencia doméstica.

Algunas experiencias puertorriqueñas y argentinas conocidas (ya mencionadas), lo mismo que la propia del autor aquí en el país (Rodríguez y Salas, 1991), resaltan la importancia y pertinencia de dar ese chance para que el hombre pueda expresarse de sí mismo, asunto que le es particularmente muy desconocido o lejano.

Interesa en este trabajo abrir esa oportunidad para que tenga voz sobre un punto en el que tal vez no tenga una participación directa, pero sí de manera general como hombre, en la medida de ser, este considerado como el principal agente de violencia.

Por qué, esto? Ya se ha señalado: el hombre parte de saberlo todo y por lo tanto no tiene nada que aprender ni que compartir; esto es parte de su identidad como hombre. De ahí que la posibilidad de continuar un trabajo con hombres se asuma como de suma importancia y pertinencia.

Así el espacio grupal, no necesariamente terapéutico sino el llamado espacio de reflexión o formativo, ha sido una instancia sumamente enriquecedora, en donde el hombre ha iniciado una toma de conciencia no solamente de su situación como agresor, cuando para esos efectos se han creado esas posibilidades, sino como una oportunidad para preguntarse en torno a su ser masculino, en sus dimensiones más globales.

Por ello se pretende con este trabajo otorgar esa voz, a través o en dos niveles. Por un lado un sondeo general, vía cuestionario, en dos grupos de hombres de diferentes estratos socioeconómicos; por otro, propiciar una experiencia grupal, que en forma más cualitativa y profunda permita un espacio-tiempo de reflexión en torno a toda esta problemática (esto se describirá con más detalle en el apartado correspondiente a la Metodología).

BIBLIOGRAFIA

Alvarez, A. T. (1991). Identidad sexual, salud mental y socialización en jóvenes adultos universitarios. San José, C. R.: Universidad de Costa Rica, Tesis para optar al grado de Maestría en Psicología.

Bleger, J. (1971). Temas de Psicología. B. Aires, Argentina: Ed. Nueva Visión.

Collange, Ch. (1989). No es fácil ser hombre. México, D.F.: Grupo Edit. Planeta (3era. reimpresión).

Cruz Díaz, E.; Fernández Bausó, E.; González Armenteros, J.J.; Román Tirado, F. (1990). Colectivo Ideología y Vivencia Masculina. San Juan, Puerto Rico: Centro de Estudios, Recursos y Servicios a la mujer (CERES), Universidad de Puerto Rico.

Cucco, M. y Losada, L. (1989). La mujer y su problemática actual. B. Aires: Ponencia presentada en el XXII Congreso Interamericano de Psicología.

Gindin, L.R. (1991). La nueva sexualidad del varón. B. Aires: Ed. Paidós (2da. Edición).

Gutiérrez, I. y Chinchilla, L. (1991). Representaciones sociales de la masculinidad y la figura paterna en un grupo de adolescentes. San José, C.R.: Universidad de Costa Rica, Tesis para optar al grado de Licenciatura en Psicología.

Lamas, M. (1987). Para una definición de la cuestión de género. En: Revista de Difusión Cultural, UNAM; mayo-junio.

La Nación. El peso de ser hombre. San José, C.R.: Publicación aparecida en página 1-B, el 28 de noviembre de 1992.

La Nación. 97 mujeres agredidas en un mes. San José, C.R.: Publicación aparecida en página 10-A, el 7 de enero de 1993.

Leonelli, E.L. (1987). Las raíces de la virilidad. Barcelona. Edit. Noguer S.A. (1a. Edición).

Martín-Baró, I. (1985). Acción e Ideología. Psicología Social desde Centroamérica. San Salvador, El Salvador: UCA Editores (2da. Edición).

Miranda, D. (s.f.). La ubicación de las familias según la condición socio-económica. San José, C.R.: Material de uso interno del Instituto de Investigaciones Psicológicas.

Ortiz, M. (1993). "Un análisis psicosocial de la relación clientes-prostitutas, realizado con clientes y prostitutas del Sector Central de San José,". San José, C. R.: Universidad de Costa Rica, Trabajo de Tesis para optar al grado de Licenciatura en Psicología.

Pichón-Rivière, E. (1971). Del psicoanálisis a la psicología social. B. Aires, Argentina: Ed. Calena.

Rivera Medina, E. (1991). Poder: privilegio y penuria. San José, C.R.: Ponencia presentada en el XXIII Congreso Interamericano de Psicología.

Rodríguez, M. E. y Salas, J.M. (1991). Poder y violencia: la perspectiva masculina en relación con la violencia en general y la doméstica en particular. En: Revista Costarricense de Psicología, No. 19, julio-diciembre, páginas 9-20. San José, C.R.: Publicación del Colegio Profesional de Psicólogos.

Selltiz, C.; Jahoda, M.; Deutsch, M. y Cook, S.W. (1980). Métodos de Investigación en las relaciones sociales. Madrid: Ed. Rialp, S.A.

□